

LA IMAGEN Y EL PENSAMIENTO

SEGUN LA PSICOLOGIA EXPERIMENTAL

La imaginación es un sentido interno reproductivo. Sentidos internos reproductivos son aquellos que representan nuevamente los objetos percibidos alguna vez por los externos sin necesidad de un nuevo excitante; y son la fantasía y la memoria sensitiva. Su única diferencia está en que la imaginación o fantasía reproduce simplemente las percepciones pasadas y la memoria además de eso las reconoce como anteriormente sentidas.

Se puede pues, definir la fantasía: *La facultad de representar bajo una forma sensible, objetos ausentes o simplemente posibles.* Hago un triángulo dice Bossuet, y le veo con mis ojos; los cierro y veo aún ese mismo triángulo interiormente, tal como mi vista me lo ha hecho sentir. Esto es imaginar un triángulo.

De todos los sentidos externos es la vista, sin duda alguna, la que suministra imágenes más ricas y abundantes; pero sería un error creer con Reid que las imágenes propiamente tales son residuos de solas las percepciones visuales. Pues en realidad reproducen todas las sensaciones; y como imaginamos un objeto azul, nos representamos un sonido agudo, un olor fragante y una temperatura agradable.

Hay dos clases de imaginación: la reproductora, que simplemente reproduce en su ausencia, las imágenes de los objetos o las cualidades de los mismos anteriormente percibidas; y la creadora, que bajo la dirección del entendimiento, modifica y combina las imágenes y residuos de otras y las representa nuevas y más complicadas. He visto en cierta ocasión un magnífico panorama del cual no he vuelto a acordarme, hasta que por asociación de ideas he pensado en él y lo he imaginado poco más o menos como entonces lo vi: acabo de tener una ima-

gen obra de la fantasía reproductora. Fidias el gran escultor griego, lee Homero y roba de sus héroes los caracteres que los embellecen y divinizan; y haciendo de aquella asombrosa variedad, mediante el entendimiento un único y solo hombre lo eterniza en su Júpiter. Miguel Angel confiesa que para concebir San Pedro de Roma habría que colocar la cúpula del Panteón de Agripa sobre las bóvedas del templo de la Fortuna. En uno y otro caso el entendimiento ha unido los retazos de imágenes diversas y la fantasía se ha ocupado de agruparlos formando una nueva imagen que los artistas llaman su bello ideal.

La imagen por consiguiente, es aquella estela que en ausencia del objeto deja tras sí toda sensación externa; y es poco más o menos un eco debilitado de la misma. Para conocer mejor su naturaleza comparémosla con la sensación externa.

He dicho que la imagen es la reviviscencia, o como dice Spencer, la representación de la sensación: luego la sensación y la imagen no difieren en modalidad, es decir no se distinguen esencialmente. La imagen pues, de un sonido es también una sensación de sonido; la imagen de un color es una sensación de color. Pero lo que prueba mayormente esta identidad de naturaleza, es que los efectos fisiológicos y psicológicos de la imagen son los mismos que los de la sensación aunque de ordinario más débiles e imperceptibles. Así v. gr.: la imagen de un olor asqueroso puede provocarnos a náuseas; muchas veces, sobre todo cuando sentimos apetito, se nos hace la boca agua con la imagen visual u olfativa de un plato succulento; y ¡cuántas veces nos hemos enrojecido de vergüenza (aun estando solos) cuando la fantasía nos ha representado alguna acción nuestra desacertada, alguna afrenta recibida! Sin embargo, en estado normal, la imagen se distingue con facilidad de la sensación externa; pues ésta supone un excitante u objeto externo presente, es más viva y más compleja; pero la imagen se puede verificar sin excitante exterior alguno actualmente presente, es imprecisa y muy variable.

Hay, no obstante, dos casos en que es más difícil diferenciar la imaginación y la sensación externa. Es uno, la alucinación; una percepción sin objeto alguno externo; una imagen puramente interna que por su intensidad anormal nos lleva natu-

ralmente a atribuirla a una causa externa que realmente no existe; lo cual no quiere decir que el alucinado no experimente sensación alguna, sino únicamente que no hace servir la sensación que experimenta como de núcleo de su percepción; pues en el alucinado todos los conocimientos unificados en la percepción son sintetizados por el elemento imaginario. Así el delirio del alcohólico, tiene por punto de partida v. gr.: el vuelo de una mosca; pero ese punto negro que se agita se transforma, crece, avanza, vuelve atrás; en breve tiene el aspecto de un animal cualquiera, de un ratón, un gato, etc., que se mueven, pasan y tornan alrededor del ebrio. Añádense a esto siluetas humanas negras o encarnadas y toma todo un carácter de multitud, de hormigueo extraño y terrorífico. Este es un caso entre muchos, de alucinación. En ella, pues, vemos u oímos realmente lo que no podemos ni ver ni oír porque no existe.

Otra suerte de imágenes que corren mucho riesgo de ser identificadas con la sensación externa son las ilusiones. Tienen lugar cuando el objeto de la sensación es revestido con los atributos representados por las imágenes que le están asociadas y el objeto en realidad no está adornado con aquellas cualidades. Casos célebres son: la ilusión de Aristóteles que consiste en cruzar dos dedos y hacer girar un objeto en su espacio intermedio; se perciben entonces dos objetos. Una persona a quien se le haya amputado un miembro cree con frecuencia que todavía lo posee o por lo menos continúa sintiendo dolor como si fuera en ese miembro. Hemos visto brevemente cuál es la naturaleza de la imagen; veamos ahora su actuación en la vida humana. Se la puede estudiar influyendo en el organismo, en su actividad muscular y en la vida intelectual.

La fantasía, en efecto, ejerce un influjo notable sobre el cuerpo; prueba de ello es la correspondencia que hay entre el sueño y la mímica de los que sueñan; porque en los niños principalmente varía la expresión del rostro mientras duermen y así es que se ríen unas veces y otras lloran porque se les representa algo que les alegra o les entristece. En muchas alucinaciones se nota también ese influjo; porque hay enfermedades que matan y son de pura imaginación. En la hipnosis v. gr.: si durante el sueño hipnótico le dicen al sujeto que se ponga enfermo y

siga en ese estado, después del sueño seguirá enfermo como si antes lo hubiera estado. Es que las imágenes influyen eficazísimamente en el sistema nervioso y por él en los órganos sensoriales y motores y se puede decir que toda imagen de un acto o de un movimiento determina en nosotros un comienzo de este acto, un bosquejo de ese movimiento. Porque vimos antes que bastaba imaginarnos un manjar sabroso para que se nos hiciese agua la boca; es que la salivación es el comienzo del comer. Cuando nos representamos un movimiento vertical u horizontal, el globo del ojo delineará un movimiento semejante; de tal manera que un observador ejercitado puede adivinar la dirección de un movimiento imaginado por una persona colocando un dedo en las pupilas cerradas. Cuando en un desfiladero peligroso se nos presenta vivamente la posibilidad de una caída nos acomete el vértigo; luego el vértigo es un movimiento de la caída y prueba de ello es el esfuerzo que hay que hacer para resistir al movimiento que nos arrastra.

En esta fuerza de la imagen hay que buscar la razón última del contagio de los ejemplos, de los fenómenos de simpatía, de la violencia casi irresistible de ciertas tentaciones, de la necesidad de imitación principalmente en los niños y de los efectos sorprendentes de la sugestión hipnótica.

Pero pasemos ya en atención a la brevedad a examinar el influjo de la imaginación en el entendimiento.

Al tratar este punto debiéramos suponer que existe otra facultad distinta realmente de la imaginación a la cual presta en efecto la fantasía su ayuda, pero que en realidad de verdad es intrínsecamente independiente de ella; de esencia más noble y más excelsa. Y sin embargo no nos es lícito suponer una cosa tan evidente. Los sensistas y junto con ellos los materialistas de todos los tiempos niegan que exista esa distinción entre las dos facultades.

Por consiguiente hemos de probarles que esa facultad con que raciocinamos aun de las cosas no perceptibles por los sentidos y que llamamos el entendimiento, es una facultad *essentialiter superans sensationem*; es decir, que su naturaleza y su oficio en la vida humana es de una trascendencia y superioridad que no puede igualar naturalmente la facultad de sentir. Pero no es mi

intento refutar esta proposición de los sensistas, por el método escolástico. Si éste fuera, bastaría recordarles que nuestro entendimiento conoce lo insensible, lo inmaterial pues conoce a Dios, al alma, el derecho, la posibilidad, etc., etc., que conoce el universal reflejo el cual supera toda sensibilidad y de ninguna manera puede ser producto de combinaciones sensoriales. Les diríamos que conocemos los principios de razón cuya absoluta necesidad claramente vemos, y que no pasa lo mismo en ningún conocimiento sensitivo; y si esto no bastara habríamos de recurrir a compararlos con los brutos, si no admiten la única facultad que de ellos los diferencia. Pero no es mi propósito recurrir a un procedimiento que los deje sin armas para defenderse. Ellos apelan a la psicología experimental, y con la psicología experimental queremos rechazarlos.

Y entramos ahora de lleno en el fin principal de este trabajo.

Dos son las cuestiones que se agitan acerca de la distinción entre el pensamiento y la imagen; cuestiones que han sido sometidas a la experimentación metódica.

a) ¿El pensamiento es distinto de la imagen? y consiguientemente b) ¿hay algún pensamiento sin imagen? Los experimentos hechos para resolver la primera cuestión han dado la siguiente solución: 1º Que las diferentes personas difieren considerablemente por lo que se refiere a las imágenes que tienen cuando piensan varias en un mismo objeto. 2º Un mismo individuo al pensar en un mismo objeto en dos ocasiones distintas, difícilmente tiene imágenes iguales en todos sus pormenores. Luego varían las imágenes sin que varíe el pensamiento y por consiguiente el pensamiento es realmente distinto de la imagen.

Los experimentos demuestran a su vez en lo tocante a la segunda cuestión que puede haber y en efecto se dan pensamientos sin que vayan acompañados de imágenes objetivas, es decir de aquellas imágenes que representan símbolos u objetos correspondientes al pensamiento. Sin embargo no se ha podido comprobar si se puede prescindir de las imágenes verbales o lo que es lo mismo: en todas las experiencias que se han hecho la imagen de la palabra sobre la cual se piensa acompaña sin excepción al pensamiento.

Los métodos principales propuestos para experimentar una y otra cuestión son la encuesta de Binet y el cuestionario de Titchener en su *Experimental Psychology* V. I. Part. II, pág. 198 y siguientes.

Pueden también consultarse como muy importantes los de Marbe, Ribot, Watt, Messer, Buhler, etc., etc.

Antes de proponer los experimentos sepamos su disposición: varía según los casos pero en general se reduce al tipo siguiente que describe Kostyleff: «El sujeto se coloca generalmente en una cámara obscura en presencia de un aparato de presentación o de una pantalla sobre la cual se proyectan las palabras u objetos inductores. Delante del sujeto hay una mesa sobre la cual anota su respuesta, o bien ésta es consignada por el observador juntamente con todo lo que el sujeto refiere de su estado mental.» Hasta aquí Kostyleff, pero se podría añadir que en el caso que no hubiese tanta comodidad bastaría sencillamente que el profesor pronunciasse con voz clara y perceptible la palabra excitante como tendremos ocasión de ver después.

Y pasemos ya a exponer diversos experimentos cuyo resultado ha sido comprobar la primera cuestión que nos propusimos: la distinción de la imagen y el pensamiento. Uno de ellos fué la encuesta estadística de Galton en 1880. Dirigió este psicólogo una circular a un buen número de personas rogándoles que escribieran con todo cuidado las imágenes visuales que experimentasen al pensar una mañana determinada en la mesa de su almuerzo. Las diferencias individuales que las respuestas revelaron, pusieron de manifiesto el gusto variadísimo de todos aquellos comensales. Como es evidente el pensamiento era uno: *el almuerzo*; las respuestas manifestaron la variedad de imágenes que aquel único pensamiento había suscitado. Numerosos son los experimentos con que Titchener estudió la misma cuestión. El que voy a describir ahora es una variación de los de este psicólogo que por vía de ensayo se nos propuso en la clase de psicología experimental, el cual por sernos más familiar pondré aquí con algunos pormenores, ya que para muchos será más convincente cuanto es más cercano. Consistió en lo siguiente: el profesor escogió una palabra que debía proponer únicamente por su simple pronunciación. Tan pronto como esto hiciese cada

alumno de la clase debía pensar con la atención concentrada en el objeto significado por la palabra. Para obtener esa atención concentrada unos segundos antes de pronunciar la palabra escogida, avisó que iba a presentarla. Como quiera que las imágenes propiamente tales y dignas de este nombre son a veces muy lentas en aparecer, no teniendo esto lugar sino transcurrido un tiempo relativamente largo después de haber sido comprendido el significado de la palabra, debía dar el tiempo de un minuto más o menos para que las imágenes se suscitasen.

Durante ese tiempo, cada alumno debía escribir las imágenes de cualquier género que la palabra excitase en su fantasía. La palabra elegida fué simplemente *auto*; terminado el plazo, algunos de los discípulos dieron cuenta de sus imágenes.

El resultado de la experiencia fué el siguiente: a) los diferentes sujetos del experimento diferían notablemente en las imágenes que en ellos había suscitado la palabra propuesta; aunque todos, sin embargo, convenían perfectamente en cuanto a una experiencia interna, es a saber: en cuanto al pensamiento del objeto significado por el excitante.

Así fué que muchos nos imaginamos automóviles de todas las marcas y estados; unos los vieron quietos y otros en movimiento, unos estaban fuera del vehículo y otros dentro, corriendo con una velocidad vertiginosa. Este vió un auto brillante y aquél encontró al chauffeur que lo limpiaba en mangas de camisa; y hubo uno que solamente vió un cajón negro con cuatro ruedas. No fueron solas imágenes visuales y cinéticas; las hubo también auditivas: porque a alguno le pareció oír el estrépito alarmante de la bocina y del arranque. Dos fueron más lejos coincidiendo en los autos sacramentales; pero a uno le asaltó la imagen de quien había leído un trabajo sobre esa materia y el otro aunque se representó lo mismo, cambió de sujeto. También otros dos coincidieron en el mismo tema aunque no en las imágenes: porque uno compuso la palabra autoeducación, quedándose únicamente con esa imagen verbal y otro se imaginó a nuestro Padre Rector que en algunas de las academias de pedagogía nos había hablado sobre la autoeducación.

Por consiguiente, la misma palabra que llevó a todos a un mismo y único pensamiento «lo de algo que se lleva a cabo

por sí mismo, *auto*, creó una verdadera confusión babilónica de imágenes en los alumnos de la clase. Ni es eso todo. Porque las imágenes que de hecho se suscitaban por la palabra eran (al menos en algunos de los sujetos) muy lentas en aparecer. Eran además, tan fragmentarias algunas, oscuras e incoloras otras (como la del cajón con ruedas) que habían de ser extraídas con mucho trabajo de la atención. El pensamiento, en cambio, que la palabra suscitó, presentábase abiertamente, pues era la única experiencia interna referida prontamente y sin vacilación por todos. Aún más; es más que probable aunque no lo he averiguado en todos, que ninguno experimentó exactamente en dos ocasiones sucesivas las mismas imágenes con todos sus pormenores. Luego, la imagen en el mismo sujeto era variada, mientras el pensamiento era uno; queda, pues, suficientemente probada la distinción entre el pensamiento y la imagen.

La segunda cuestión es un poco más ardua y dificultosa. Ya no se trata, es verdad, de distinguir la naturaleza del entendimiento y de la imagen; pero aún queda por solventar si es de todo punto imprescindible ésta, para el ejercicio del entendimiento.

Aristóteles (περὶ ψυχῆς) había dicho: Οὐδέποτε νοεῖται ἐν φροντάσματι ἢ ψυχῇ. Y con él Santo Tomás: «*Impossibile est intellectum secundum praesentis vitae statum quo passibili corpori conjungitur, aliquid intelligere in actu, nisi convertendo se ad phantasmata.*»

Pero conviene tener en cuenta los dos géneros de imágenes que acompañan al entendimiento, que dije eran objetivas y verbales.

La psicología experimental ha comprobado que puede el pensamiento prescindir y en efecto en muchas ocasiones prescinde de toda imagen objetiva; pero en cuanto a las imágenes verbales ningún experimento lo ha demostrado. Uno de los primeros que se hicieron para aclarar esta cuestión fué la encuesta de Ribot. Su objeto, pues, fué averiguar si cuando se piensa, se oye o se lee un término general; hay algo además del pensamiento en la conciencia inmediatamente y sin reflexión. Los sujetos en que experimentó fueron 103 adultos de ambos sexos, muy diferentes en la cultura intelectual y en la profesión. El procedimiento fué

por interrogatorio oral. Ribot decía al sujeto: voy a pronunciar varias palabras; ruego a usted me diga inmediatamente y sin reflexionar si esta palabra evoca algo en su mente; y en caso de evocar algo qué cosa sea. La contestación se anotaba al momento.

Las palabras que le sirvieron de tests, fueron: perro, animal, color, forma, justicia, causa, tiempo, infinito.

Concluyó el resultado del experimento, que puede no haber en la conciencia más que la imagen de la palabra, y el pensamiento por ella significado; evidentemente muy diverso de la imagen visual o auditiva del objeto material tal vez significado por la palabra. Luego muchos de aquellos sujetos pudieron pensar sin imágenes objetivas: aunque ninguno logró sin las verbales.

Binet experimentó de dos modos lo mismo. Primeramente confirmó con Taylor que al leer un libro, normalmente es imposible representarse todas las imágenes objetivas de todas las palabras; pues esas imágenes requieren un tiempo considerable para que consigan tener cierta claridad. En segundo lugar, mediante un perfeccionamiento de la encuesta de Ribot llegó a concluir: que se puede entender el significado de una palabra sin representarse nada más que la palabra, como le sucedió con el concepto de la función matemática.

Experimentos encaminados al mismo fin hicieron Messer, Bühler y otros psicólogos modernos, todos con el mismo resultado.

Betts en la *Columbia University* hizo escribir a 50 alumnos de una clase, palabras de significado contrario a las escritas en el pizarrón y anotar las imágenes que hubiesen aparecido en el momento del juicio de oposición. Le escribieron 505 palabras opuestas y fueron 275 las que se anotaron como desprovistas de toda imagen. Hacíales escribir los nombres de los objetos que se descubren en la baja marea; otra vez los ruidos que se oyen en una gran ciudad; luego los de los manjares que se prefieren. Para ese trabajo concedíanse 10 segundos. Después de una explicación sobre el instinto, se pidió cuenta a los discípulos de las representaciones que habían tenido; las relaciones hechas ponían de manifiesto la mínima intervención de las imá-

genes objetivas. Semejante resultado (aunque en menor proporción) dió el experimento hecho en nuestra clase donde, si bien uno solamente se vió libre de la imagen objetiva, todos tuvimos sin embargo la verbal. Queda por consiguiente resuelto el problema por medio de la psicología experimental.

Los pensamientos, en verdad se distinguen de las imágenes y pueden prescindir de ellas al menos en parte.

De las investigaciones mencionadas resulta por lo mismo, refutado el sensismo. En efecto: según esta doctrina las imágenes no son meros acompañantes del pensamiento sino ellas mismas son el pensamiento.

Si esto fuera así ¿podría decirse con alguna probabilidad que el mismo pensamiento fué transmitido a todos los miembros de la clase por medio de una palabra, por ejemplo *auto*? Al usar el profesor esa palabra nadie podía saber qué imágenes tenía en su mente; él no manifestaba ni podía por ese medio manifestar sus imágenes. No puedo yo conseguir que cada uno de los que me oyen experimente las mismas imágenes que tengo actualmente de la misma palabra *auto* con sólo decir este vocablo; pues por este solo medio ni las comunico ni las puedo comunicar. Y eso no obstante, todos los oyentes entienden lo que yo entiendo cuando digo *auto*. Únicamente este pensamiento y nada más es lo que inequívocamente manifiesto como presente en mi conciencia, y lo que con precisión también inequívoca, comunico a las mentes de los que me oyen.

Si las imágenes, pues, fuesen los pensamientos, como sostienen los sensistas, no se podrían usar las palabras como transmisoras del pensamiento. Cualquier intento de servirse de ellas para este efecto, necesariamente debería dar por resultado una confusión babilónica también y enmarañada del pensamiento.

A semejante confusión lleva inevitablemente el sensismo. Por lo tanto, a menos que queramos degradarnos hasta el punto de renunciar al pensamiento, no podemos aceptar el sensismo ni siquiera como hipótesis científicamente admisible.

Los hechos aquí consignados relativos al uso de palabras como vehículo del pensamiento, son demasiado patentes para ser negados; y demasiado fundamentales en las investigaciones psicológicas para que puedan ser puestos en duda apelando a

los resultados de otros experimentos futuros y más perfectos que podría esperarse han de venir a contrariar, nuestra conclusión. Pues por muy elaborado que sea el dispositivo experimental, por muy esmerados y competentes que sean los sujetos en la observación de sí mismos y en describir sus introspecciones; los resultados de tales experimentos habrán de apoyarse también en palabras que sirvan de vehículo al pensamiento. Y mientras las palabras lo continúen siendo, las imágenes no serán el pensamiento, sino que continuarán siendo lo que son a la luz de nuestros sencillos ejercicios de clase: meros concomitantes del pensamiento.

Luego, la irreductibilidad de los conceptos o ideas a imágenes diversamente combinadas, es un hecho científicamente comprobado.

Es de notar, pues, acerca de este punto, cómo están perfectamente de acuerdo la psicología experimental y la racional. Esta partiendo de los caracteres del objeto percibido por el conocimiento abstracto, prueba la espiritualidad del entendimiento; y consiguientemente su diferencia esencial de todo conocimiento sensitivo; sensación externa o imagen. La psicología experimental por su parte comprueba la irreductibilidad de esos pensamientos a las imágenes y sensaciones.

Sin embargo, el influjo de la imaginación en la vida intelectual del hombre es de suma importancia.

Cuando se trata de las funciones más elementales del espíritu como pensar y hablar o de sus acciones más excelsas aun de las que parecen más independientes de la forma sensible, allí encontraremos su concurso.

Pues si se trata de descubrir la verdad en la ciencia, de expresar lo bello en el arte y de practicar el bien en la vida, a la imaginación está en gran parte reservado el impulsar al entendimiento. La fantasía es por consiguiente, para el entendimiento, lo que es la pasión para la voluntad, si la pasión es regida por la voluntad y la fantasía por el entendimiento: un excelente y poderoso auxiliar de la vida moral e intelectual.

ANTONIO BERRO, S. J.